

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTRAS CÁNDIDAS PALOMAS



¿Á que no le conocen ustedes?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—«La Puchera», por Ednar-do Bustillo.—La lucha eterna, por José Estremera.—Cuyadas, por Anto-nio Peña y Goñi.—Seguidillas de invierno, por Juan Pérez Zúñiga.—Conversación, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspon-dencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Nuestras candidas palomas.—Carnestolendas.—Las pupileras, por Cilla.



No hay más remedio que tomar parte en el regocijo público.

El Carnaval se impone, y aunque uno no esté para nada, debe sacudir el tedio y entregarse á las expansiones propias de la época, como hace mi vecino D. Eloy, que tiene asma constitucional con ahogo nocturno, y no deja por eso de disfrazarse durante los tres días de jaleo, para ir dando bromas por las casas conocidas y por todas las tiendas del barrio.

No vale decir que está uno débil ó que carece de los recursos necesarios para alquilar un capuchón: el que es madrileño legítimo está obligado á disfrazarse con cualquier cosa, como hace D. Eloy, que este año va á vestirse de chula alemana, con falda de percal, corpiño grana-te y pañuelo de seda á la cabeza.

Casi todos los años tienen los guardias de seguridad que recogerle de la vía pública, porque, después de embromar á sus conocidos, se va al Prado á seguir la diversion, como él dice, y allí le da el ataque y se desploma sobre lo primero que encuentra.

El año pasado sacó un traje precioso de diablillo, y cerca de la Cibeles se pisó la cola, yendo á caer sobre una señorita que estaba en relaciones con un estudiante de esos que no estudian y salen todos los años tocando la pandereta con los cuatro remos.

Enfurecióse el de la pandereta y quiso maltratar á don Eloy; pero ya éste había caído con el ataque, y tuvieron que conducirle los guardias á su domicilio envuelto en su propia cola.

No es solamente D. Eloy quien rinde culto á la costumbre. Hay madres de familia que no dejan de disfrazarse por nada del mundo, para ver si despachan un par de hijas útiles.

Siempre recordaremos el caso de aquella estanquera que se ponía el antifaz el domingo por la mañana para no quitársele hasta el miércoles de Ceniza por la noche, y despachaba los pitillos vestida de turca.

—Mascarita—decían los parroquianos,—dame una ca-jetilla, que sea buena.

—¡Ay!—contestaba la estanquera, suspirando con amargura.

—¿Qué le pasa á usted?—replicaba el parroquiano sorprendido.

—Que me ahoga la pena. Aunque me ve usted con este traje, sólo yo sé lo que sufro por dentro.

—Entonces, ¿por qué se disfraza usted?

—Porque era un antojo de mi marido, y no quiero con-trariarle ni aun después de muerto.

Sí; no es la primera historia de esta clase que conoce-mos. Vive en Madrid un respetable patricio, senador, académico y sabio, que se disfraza de Mefistófeles todos los años, para respetar el capricho de su difunta esposa, que tenía predilección por este traje.

La familia del ilustre patricio acude á visitarle, para honrar la memoria de la esposa, y él, estrechando á todos los parientes contra su corazón, recuerda las virtudes de aquel ángel, que está en el cielo, y vierte lágrimas como puños detrás de la careta.

Algunas veces llega á morder el cartón sin saber lo que

se hace, y no se lo traga porque suele contener materias nocivas.

Hay caprichos originales en estos días, y muchas veces cree uno estar hablando con una máscara auténtica, amante del placer y ávida de emociones, y luego resulta que ha estado usted de conversación con un tísico desahu-ciado, que ahoga los sollozos detrás de una careta de cartón en forma de cabeza de perro.

¡Qué incomprensibles arcanos los del corazón del hom-bre! Cuántas veces, al ver cruzar las calles de la villa á una de esas máscaras, al parecer groseras, que cubren la faz con una piel de conejo y ocultan sus formas bajo un felpudo usado, decimos á solas:

—¡Quién sabe! Parece un animal y, sin embargo, pue-de que sea un diputado á Cortes combatido en sus senti-mientos más íntimos, ó quizás un poeta soñador que quiere revolcarse en el cieno de la vida para abandonar ideales imposibles.

Lo que tiene es que el Carnaval va á menos de año en año.

Ya no se exhiben disfraces caprichosos; ya no se reali-zan conquistas amorosas á través del antifaz, y lo pri-mero que hacemos maquinalmente cuando se nos acerca una máscara en la calle, es meternos la mano en el bol-sillo del chaleco, ¡or si peligra el reloj.

Todos los años sorprende la policía á varios tomado-res que apelan al disfraz para conseguir sus fines.

El *Morrotorcido* se disfrazó el año pasado de jardinera, y después de embromar á un forastero junto al Botánico, le dió dos paquetes de perdigones y tres patadas en el omoplato, á cambio de dos billetes de veinte duros.

Hay que tener mucha perspicacia, porque el antifaz nos hace iguales á todos, y si no, basta recordar lo ocurrido en un baile de la Alhambra, va á hacer ahora dos años, entre un joven recién llegado de Cuenca y una mascarita.

Él la declaró su amor y pudo besar su mano hasta cin-co veces.

—Quítate el antifaz, dueño mío—decía él.

—No me lo exijas—contestaba ella.

—¿Por qué?

—Voy á confesártelo todo. Vengo al baile en persecu-ción de un sobrino que derrocha su patrimonio.

—¿Un sobrino?

—Sí; yo no soy lo que parezco.

—¿Quién eres entonces?

—Soy Lucas Facistol, presbítero murciano.

Suceda lo que quiera, hay que ir á ver las máscaras, á no ser que prefieran ustedes quedarse rogando á Dios por los pecadores ó leyendo el precioso libro de Enrique Sepúlveda, *La vida en Madrid en 1888*, ilustrado por Com-ba, con más de 200 dibujos á pluma, acuarelas, retratos, etc.

De tal crédito gozan las firmas de ambos señores, que no necesito esforzarme en recomendarlos á ustedes.

Y conste que esto que parece reclamo no lo es. El libro merece los mayores elogios, tanto por su mérito intrínse-co como porque he recibido gratis un ejemplar que me remitió Sepúlveda.

Conque si quieren ustedes que sea más franco.....

LUIS TABOADA.

«LA PUCHERA»

Á MI AMIGO JOSÉ M. DE PEREDA

Á tí, montañés ilustre,
mi buen Pepe de Pereda,
que escribiste *Pedro Sánchez*
y la simpár *Sotileza*:

á tí que, al trazar los tipos
y los cuadros de *la tierra*,
en tu pluma vigorosa
pincel y buril manejas:

á tí dirijo estas líneas,
pues te las debe en conciencia
quien sacó su cucharada
del fondo de tu *Puchera*.

Tal estilo de cocina
y tal sustancia hay en ella,
que codicias del Berrugo
no quitan gusto á la prueba.

Probarla es ver con asombro
lo rico de la paleta
del artista que, á la pluma,
pintó *Escenas Montañesas*.

Quien mar y campo no ha visto,
ni gozó vida de aldea,
ni de la inviernada sabe
ni de la ardorosa siesta,
ve en tu libro mar y campo,
las otoñadas cosecha,
salobres aires respira,
siente la naturaleza.

Entre redes del Lebrato
y agostos de la Tejera,
se agitan tus personajes,
viven, luchan, interesan.

Quilino, el de los *recongrios*,
cascarrabias que, en su mengua,
pierde el tiempo con las mozas
y entre los mozos las muelas:

La Galusa y su sobrino,
teologazo sin vergüenza,
y el médico don Elías,
noticiero de calleja:

El Josco aquel *de las lunas*
que *al fin* saluda á su estrella

al beso de un sol de estío
y entre montañas de yerba:
Pilara, Venus maciza
de las bardas *roblesas*,
que hace hablar al amor mudo
con arranques de inocencia,
y parece, al arrojarse
sobre su púdico atleta,
que busca en brazos tan firmes
de un alma noble firmezas.

El Berrugo, aquel avaro
explotador de miserias,
y su hija Inés, la figura
de más simpática fuerza;
gusano que oscuro duerme
y torpe mano despierta,
y es al fin la mariposa
que en luz propia se recrea.

Y ¡qué estudio el de aquel alma
que el cuadro ilumina y lienal
y éste ¡qué gracia en la forma!
y en el fondo ¡qué pureza!

Y adiós, montañés ilustre;
vuelvo á sentarme á tu mesa,
pues atrae al gusto sano
el sabor de tu *Puchera*.

18 de Febrero, 1889.

EDUARDO BUSTILLO.

LA LUCHA ETERNA

I

Así el padre de Emilia, que pensaba
sólo en la salvación, decir solía
á su hija, que le amaba,
y que en su padre como en Dios creía:
—No mires á los hombres
para evitar los malos pensamientos,
que, sólo al mal atentos,
con engañosas frases
te robarán la calma
y al fuego eterno lanzarán tu alma.—
E hizo pensar á la inocente niña
esta pintura horrible
que ganar en el mundo
la gloria, es punto menos que imposible;
y como oía á todas
hablar de novios y pensar en bodas,
ella pensaba, con candor eterno,
que todas se ganaban el infierno.

II

Mas Juan, que por Emilia se moría,
y á quien ella quería inmensamente,
aunque ni aun á sí misma lo decía,
en una carta un día
le escribió, entre otras cosas, la siguiente:
«Si no quieres que muera,
concédeme siquiera
que en tu reja, piadosa, si no amante,
te hable sola una vez, sólo un instante.»

III

Pensando que, impaciente,
ya Juan junto á la reja la esperaba
á la noche siguiente,
cosa que ella temía y deseaba,
—Si á su ruego no accedo, se decía,
muere por culpa mía,
según dice en su carta tentadora.
Bien: a pesar entiendo,
porque, sin verle yo, me estoy muriendo.
Huye, idea traidora;
si es mi deber morir, muera en buen bora.
Me quemara ya el contacto de esta carta.
¡Demonio tentador, aparta, aparta!—
El demonio, sus quejas no escuchando,
la seguía tentando,
haciendo entrar en su cabeza hirviente
la reflexión siguiente:
—Mas si le dan la muerte mis rigores....
Perdón, perdón, Dios mío;
sorda al eco seré de sus amores;
morir nada me importa,
pero que él viva ansío.—
Y en esta idea absorta
el seno se apretó con ambas manos,
luego enjugó sus párpados de grana,
hizo por resistir esfuerzos vanos....
y las hojas abrió de la ventana.

IV

El mancebo atrevido,
con alegría loca,
los labios de ella con sus labios toca.
Ella lanzó un gemido
y al suelo se cayó, con un desmayo,
de la ventana al pie, cual si cayera
herida por un rayo.
Y Juan, sin comprender lo que pasaba,
huyó despavorido,
entre tanto que Emilia imaginaba
ver abrirse la bóveda celeste
con espantoso estruendo,
vomitando centellas,
y con fragor horrendo
las estrellas chocar con las estrellas,
temblar la tierra, descender las nubes,
desgajarse los árboles crujiendo....
E imaginó, en su loco paroxismo,
que un ángel descendía de la altura,
entre los vientos que cruzando gimen,
á hundirla en el abisino
en pena de su crimen.
Y á los pocos instantes
volvió en sí la inocente criatura
con asombro creciente,
al ver que todo estaba, como antes,
á su pena y su mal indiferente.

V

Sigue el padre diciendo
de horrores la incesante letanía;
pero la pobre Emilia, cada día
más en Juan que en su padre va creyendo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

CUYADAS

SR. D. LEOPOLDO ALAS (*Clarín*).—Oviedo.

Compañero: Con usted se puede hablar sin rebozo, y eso voy á hacer,
dejando á un lado preludios é introducciones de formulario.

He leído el final del *Palique* publicado en el último número de MADRID
CÓMICO, final que tiene usted la bondad de dedicarme, y que, copiado al
pie de la letra, dice así:

«Por último, y ya que hoy ando metiéndome donde no me llaman:

El Sr. Peña y Goñi, á quien no tengo el gusto de conocer, pero á quien
considero como amigo, por ser *compañero de MADRID CÓMICO*, preguntaba
el otro día quién le instrumentaba un «cuya consecuencia» que había es-
crito el maestro Bretón. Pues si el Sr. Peña y Goñi quiere, yo se lo instru-
mentaré; quiero decir que ese *cuya* está perfectamente empleado (lo que
no está bien es un *tal* que hay antes). Si el Sr. Peña y Goñi quiere apos-
tar algo, me tiene á su disposición: si el *cuya* está bien, él me regalará á
mí un buen diccionario de biografía y tecnicismo de la música, de los mu-
chos que debe de tener; y si el *cuya* de Bretón está mal, yo le regalaré á
Peña y Goñi... un *objeto de arte*. Jueces.... Commelerán, Villaverde y No-
herlesoom.... ó quien él quiera. La gramática sola, por ejemplo.

Dispénsame el Sr. Peña esta broma: ha sido una ligera obcecación *suya*
el criticar el *cuya* de Bretón, y el error, disculpable, tiene importancia,
por tratarse de escritor tan discreto y de un lapsus en que caen todos los
días notables oradores y académicos.»

Ante todo, nada tengo que dispensar á usted, sino agradecerle muy de
veras el interés que se toma por corregir mis yerros. Si cree usted que se
lo digo irónicamente, espero convencer á usted más tarde de que es since-
ra, muy sincera mi gratitud.

Y ahora vamos á cuentas. Extraño mucho que al tratar de enmendar
lo que usted llama mi *obcecación*, haya usted obrado tan de ligero, propo-
niéndome una apuesta que no quiero ganar á usted, porque sería robarle.
Ahí va la prueba.

Suponga usted que están ya nombrados los jueces; suponga usted que
los Sres. Commelerán, Villaverde y Noherlesoom se reúnen para dar la
razón á usted ó á mí.

Siga usted suponiendo que leen lo que usted dice, que es lo siguiente:

«El Sr. Peña y Goñi.... preguntaba el otro día quién le instrumentaba
un «cuya consecuencia» que había escrito el maestro Bretón.»

¿Qué es lo primero que hacen, en este caso, los Sres. Commelerán, Vi-
llaverde y Noherlesoom? Muy sencillo: leer el artículo mío á que usted
se refiere, buscar ese «cuya consecuencia» que ha escrito el maestro Bre-
tón, y encontrarse con que no existe ese «cuya consecuencia» en mi ar-
tículo, ni yo he dicho en ninguna parte que lo haya escrito el maestro
Bretón.

Con lo cual había usted perdido la apuesta y tenía usted que regalarme....
un *objeto de arte*, una *escribanía de plata*, por ejemplo. ¿Es verdad, sí ó no?
Decir que desde que el maestro Bretón dirige la *Sociedad de Conciertos de*

CARNESTOLENDAS



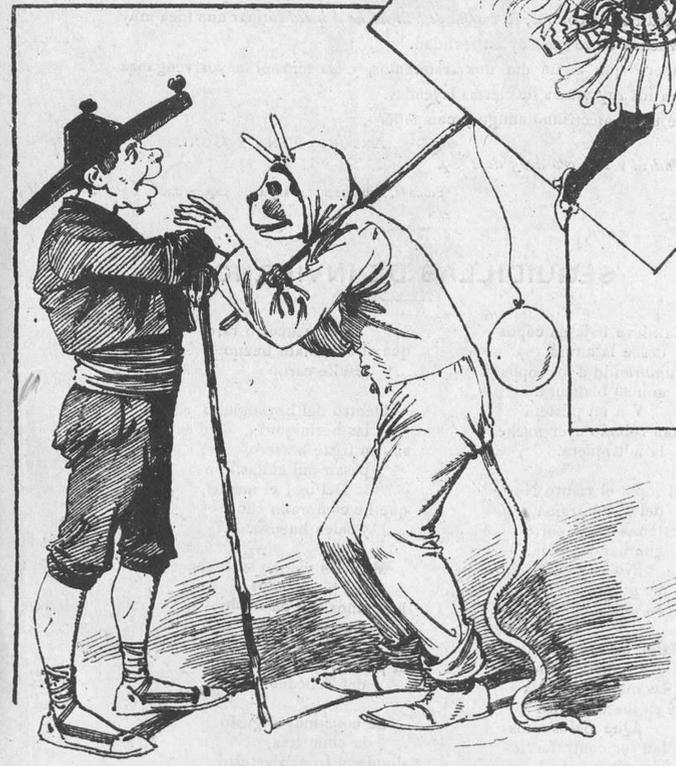
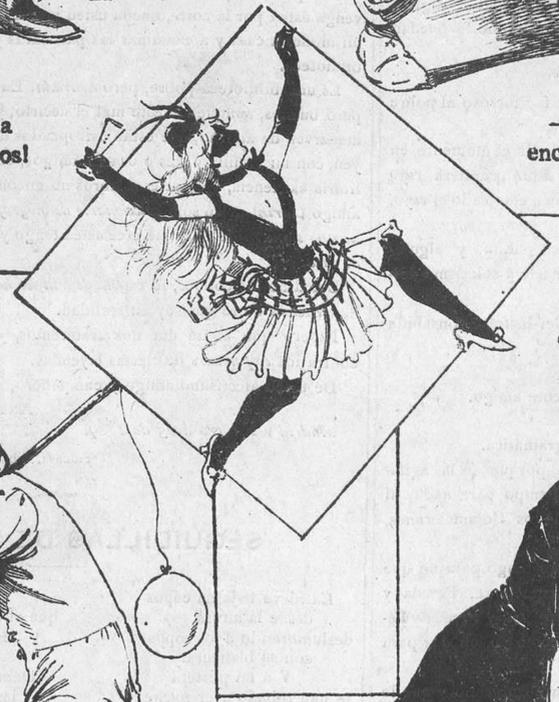
Han dicho del Carnaval que es invención infernal.... ¡Caramba! puede que sí, pero no se pasa mal con una muchacha así.



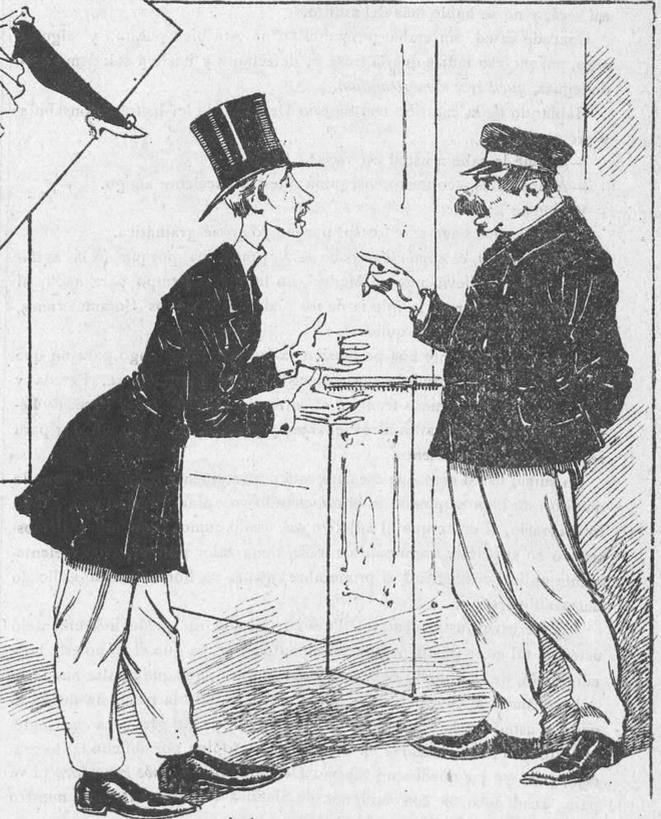
Á mí me entusiasma un día como éste. ¡Pobres muchachos! ¡Se visten de mamarrachos sólo porque yo me ría!



—¡Ya verás tú qué broma si por casualidad encontramos á los señoritos!



—Hola, gachó, ¿cuándo has venido del pueblo?
—¡En este Madrid too lo saben! ¿Quién le habrá dicho á este del rabo que yo soy de pueblo?



—Así no se puede entrar.
—¡Caramba! Traigo billete de convite.
—Pero hay que dejar algo en el guardarropa.
—¡Pues si me he dejado el gabán en casa por eso.... por no pagar el guardarropa!

Madrid se maltrata en sus programas al idioma castellano, no es decir que el maestro Bretón sea el *maltratante*.

Si usted lo ha creído así, con su pan se lo coma. Arregle usted esa cuenta con las intenciones y la malicia de usted, que yo me atengo á las mías, y no á las que pueda atribuirme el prójimo.

¿Dónde está ese «cuya consecuencia»? ¿Dónde lo ha visto usted? En ninguna parte, porque no existe. Hé aquí mi texto:

«Después de haber cazado este ramillete de desatinos, continúo y leo, á propósito del *Oceano* de Rubinstein, lo siguiente:

«Quizá peca de desigual esta importantísima sinfonía, pero llega á veces á tal grandeza cuyo antecedente sólo puede hallarse en Beethoven.»

¡Á tal grandeza cuyo antecedente! ¿En qué idioma está escrito eso? ¿Qué significa ese *cuyo*? ¿De dónde ha salido ese *cuyo*? Á ver, ¿quién me instrumenta ese *cuyo*?

De modo que no hay «cuya consecuencia», ni Cristo que lo fundó. Ya sé que «cuyo antecedente» ó «cuya consecuencia», tanto monta para el caso; pero cuando se trata de poner los puntos sobre las *ies*, hay que empezar por escribir *ies*, y no *jotas*.

Entremos ahora de lleno en la cuestión.

Dice usted que el *cuyo* está bien empleado, que lo que no está bien empleado es el *tal*. Corriente.

Lea usted la frase á diez mil personas, y vamos á ver cuál es la palabra que les hace dar un salto, si el *cuyo* ó el *tal*.

Dice Cervantes en el prólogo del *Quijote*:

«Con silencio grave estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se impusieron en mí sus razones, *que*, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas.»

En el capítulo XVIII responde D. Quijote á Sancho:

«.....pero de aquí en adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha con tal maestría, *que* al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos.....»

Y en el mismo capítulo:

«Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, *que* le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo.»

No quiero meterme en tiquis miquis gramaticales; desde el momento en que usted dice que en la frase «.....pero llega á veces á tal grandeza cuyo antecedente sólo puede hallarse en Beethoven» está bien empleado el *cuyo*, así será, y no se hable más del asunto.

Concede usted, sin embargo, que el *tal* no está bien puesto, y algo es algo, porque eso indica que la frase es defectuosa y huele á solecismo desde leguas; *quod erat demonstrandum*.

Hablando de la cuestión con Sinesio Delgado, le leí la frase consabida y preguntéle:

—¿Á qué le sabe á usted ese *cuyo*?

—Á demonios—contestó enseguida nuestro excelente amigo.

Y repuso:

—Pero no me haga usted caso, porque yo no sé gramática.

Amigo *Clarín*, *ci siamo*. Tampoco sé yo gramática, porque en la agitada vida que lleva uno en Madrid, no le queda tiempo para nada, ni aun para comulgar en la iglesia de los pedagogos, de los Commeleranes, como usted los llamaría quizá.

Será probablemente una pretensión exagerada, pero tengo para mí que si lee usted «á tal grandeza cuyo antecedente» á Commelerán, Pereda y Pérez Galdós, el primero fruncirá el entrecejo al oír el *tal*, y Pereda y Pérez Galdós se desmayarán al oír el *cuyo*, y pedirán, como yo, un *que* para recuperar el conocimiento.

En suma, usted cree que ese *cuyo* está perfectamente empleado y que lo que no está bien empleado es el *tal*, cuando yo opino, precisamente, todo lo contrario, al creer que el adjetivo *tal*, usado como pronombre demostrativo en el primer fragmento de frase, tiene valor ponderativo excelentemente aplicado, mientras el pronombre *cuyo* es un horror y está aplicado detestablemente.

¿Quiere usted instrumentarlo? Pues por mí que no quede; instrumentelo usted, si tal es su gusto, y diga terminantemente, ya que el *tal* no está bien empleado, de qué modo debe escribirse la frase para que resulte buena.

La gramática, cuyos secretos posee usted, le dará la razón sin duda alguna, y usted me habrá dado á mí una lección de *tal grandeza cuyo* antecedente sólo puede hallarse en las que usted propina por ahí con tanto gracejo; pero yo me quedo con Sinesio Delgado, *que no sabe gramática* ni va para académico, y con millones de Sinesios que opinan como nuestro amigo, y están, por ende, á mi lado.

Por lo demás, si la pureza del idioma castellano reside en el maestro Bretón, según usted da á entender, permítame usted que le diga, en francés: *¡Où diable la pureté de la langue est-elle allée se nicher!*

Y ahora escuche usted:

Me casé hace siete años, y desde que me casé dejé de incurrir en el solecismo de usar como reflexivo el verbo *extrañar* en su acepción de ver ó oír alguna cosa con extrañeza ó admiración.

Mi padre político fué, durante mucho tiempo, secretario particular de don Luis González Brabo, y oyéndome decir una vez:—Me extraña tal cosa, me atajó al punto diciendo:

—No digas eso, porque recuerdo que González Brabo se ponía furioso cada vez que se empleaba el verbo *extrañar* de esa manera. Se dice *extraño*, y no *me extraña*.

Busqué el verbo en el *Diccionario de la Academia*, vi que era cierta la opinión de González Brabo, y vea usted de qué modo, gracias al famoso ministro, no volví á cometer el error.

Hace dos ó tres años insertó *La Correspondencia Musical* un trabajillo mío titulado *Gayarre*. Leyólo D. José María Sbarbi, y con una solicitud que no agradeceré nunca bastante, se dignó juzgarlo con benevolencia inmerecida, haciéndome notar que empleaba yo erróneamente el adjetivo *desapercibido* como sinónimo de *inadvertido*.

El artículo *Gayarre* formó parte enseguida de una colección del mismo género que publiqué en un folleto. Enmendé la falta, y desde entonces, y gracias á mi respetable amigo el Sr. Sbarbi, que me dé la viruela negra si he vuelto á escribir *desapercibido* por *inadvertido*.

Relato á usted estos dos casos para convencerle de la sinceridad de mis sentimientos, al declarar á usted que agradezco *ex toto corde* cuantas advertencias y consejos se sirvan hacerme los que me ayudan á purgar mi estilo de las innumerables escorias que contiene.

Dése usted, pues, por advertido y dígame siempre cuanto se le ofrezca y parezca, privadamente ó en público, que aquí quedo yo dispuesto á agradecersele de todas veras.

Una palabra, y concluyo. Usted vive en Oviedo y yo en Madrid. Cuando venga usted por la corte, queda usted invitado á honrar con su presencia mi modesta casa y á examinar las partituras y los libros que contiene mi biblioteca.

Es una biblioteca pobre, pero *honrada*. En ella verá usted pocos libros, pero buenos, aunque me esté mal el decirlo, y verá usted que mis libros no me sirven de adorno, que están estropeados de puro leerlos, que constituyen, con mi familia y tres ó cuatro amigos, el solaz y el encanto de mi solitaria existencia; y entre esos libros no encontrará usted *¡asómbrese usted!* amigo *Clarín*, ni un solo *Diccionario de biografía y tecnicismo de la música*, ni uno *¡quiera de esos que cree usted tengo yo á porrillo, para andar fuera de casa*.

Usted no me conoce, lo repito; *le han hecho á usted* formar una idea muy equivocada de lo que soy en realidad.

Espero que algún día nos trataremos, y ésa será mi mayor venganza contra los *colporteurs* de ciertas leyendas.

De usted afectísimo amigo y compañero,

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid y Febrero á 25 de 1889.

Su casa, Biblioteca, 4, segundo izquierda.

SEGUIDILLAS DE INVIERNO

La nieve baja en copos desde la altura, deslumbrando á los topos con su blancura.

Y á mi portera le han robado ayer noche la faltriguera.

Si sopla el viento Norte del Guadarrama, ya estamos en la corte guardando cama.

¡No hay quien sospeche que me gustan las truchas en escabeche!

Están en sus guaridas los pobres grillos con las manos metidas en los bolsillos.

¡Qué malos ratos me dan los contrafuertes de mis zapatos!

¡Quién pudiera en invierno, dejando abrigo, ir de juerga al infierno con cuatro amigos!

No encuentro raro que el chocolate bueno resulte caro.

Dentro del hormiguero las hormiguitas, sin un triste brasero, pasan mil cuitas.

Del mal el menos, que he comprado chorizos y salen buenos.

Mientras van en su coche los potentados, hay niños que de noche mueren helados.

¡Si era tan feo el padre de los hijos del Zebedeo!

Se coge muy á gusto la chimenea, donde el tronco vetusto chisporretea.

Y hoy me he encontrado con que tengo el paraguas apollillado.



Igual que los castaños,
los alcornoques
muestran todos los años
sus palitroques.
Y á Luis Pacheco
le faltan dos botones
en el chaleco.

Se cierran nuestros poros,
y en un semestre
no hay corridas de toros
ni circo ecuestre.

¡Qué estropeada
va estando ya la madre
de mi criada!

¡Oh invierno! Te maldigo
sinceramente,
y eso que gasto abrigo
y ando caliente.

¡Cuán infelices
son los que tienen pelos
en las narices!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CONVERSACIÓN

Un actor muy aplaudido,
que imita perfectamente
á todo bicho viviente
en el orbe conocido,
y que canta peteneras
cuando el público las pide,
y á poco que se descuide
se come frases enteras,
artista de corazón
(según él cree), me decía
en la calle el otro día
con sublime indignación:

—Nada, convéznase usted,
ya no hay arte, ya no hay ciencia,
y negar su decadencia
es dar contra la pared.

¡Qué afán de disparar!
¡Qué cosas tan horrosas!
Al pensar en estas cosas
me dan ganas de llorar.

Ha llegado la ocasión
de que se salve el que pueda;
en los artistas no queda
ni rastro de inspiración.

Los críticos no podrán
negar, ante estos horrosos,
que tiemblan los bastidores
al soplo del huracán,

que la cosa está en un tris
y que nada la detiene
en la ruina, si no viene
la salvación de París.

¡Aquéllos son actorazos
y aquello es arte de veras!
¡Qué agilidad de caderas
y qué soltura de brazos!

Ningún detalle se pasa,
¡qué ha de pasar un detalle!
se abrazan como en la calle,
es decir, como en su casa,

y en España y sus Antillas,
refractarios al progreso,
nunca nos damos un beso
más que de mentirijillas.

Y no habrá quien nos convenza
y nos ponga sobre aviso.....
Créame usted, ¡es preciso
que perdamos la vergüenza!

Esto dijo, yo callé
por no decirle que no.

Salúdome, y se marchó.

Respondíle, y me marché.

SINESIO DELGADO.



El crimen de Carabanchel ha tenido el triste privilegio de excitar la atención del público.

Con este motivo la prensa se está despachando á su gusto..... hasta la parte aquella que protestó de esa publicidad en circunstancias análogas. Lo cual tendrá sus inconvenientes, pero no carece de ventajas.

- 1.^a Ilustrar á los jueces y avivar el sentimiento justiciero de las masas.
- 2.^a Indicar al criminal el estado de las actuaciones para que tome las medidas que crea oportunas.

Y así sucesivamente.

—¿Me conoces, Salustiana?
—Hijo, no caigo en la cuenta.
—Porque no te da la gana.
¡Fuí tu amante el año ochenta!
—¿El año ochenta? ¡Quizás!

—¿Y no te acuerdas del mes?
—En Mayo.
—Explícate más,
porque en Mayo tuve tres.

Dos advertencias referentes al número anterior:

Primera. El epigrama publicado en esta sección, que empezaba con el verso
«En casa de Gil de Muro,»
es original de D. Carlos Miranda. No apareció la firma al pie por error de caja.

Segunda. La contestación dada en la *Correspondencia particular* á las iniciales J. R. M., Bilbao, no va dirigida á D. Justo Rodríguez Manzano, que hasta la fecha no nos ha remitido composiciones, ni cosa parecida.

Y ahora, cumplidos los encargos, hago punto y aparte.

—Yo ya no vuelvo al baile de la Alhambra,
porque allí la otra noche, en los aprietos,
me rompieron la chambra.
—¡Hija! ¡Hay muchos sujetos
que ni saben bailar ni estarse quietos!

Á los muchos suscritores y compradores del MADRID COMICO en Cuba les recordamos que la única casa autorizada para las suscripciones y venta

de ejemplares sueltos es la *Galería artística* de la Sra. Viuda de Pozo é hijos, Obispo, 55, Habana.

Al saltar el arroyo
te vi las ligas;
pero yo te suplico
que no lo digas.

Libros:

Sebastián Pulido, juguete cómico en un acto y en verso, estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Lara, y *Al pan, pan, y al vino, vino*, zarzuela en un acto, música del maestro Rubio, que obtuvo muchos aplausos en Martín. Obras ambas de nuestro compañero José Jackson Veyan.

Estudio crítico de Los Amantes de Teruel, ópera de Bretón, por D. Antonio Peña y Goñi. Un elegante folleto. Precio: una peseta.

El sino de las mujeres, poema en cuatro cantos, por D. José Martínez Medina. Precio: una peseta.

B. Pérez Galdós, estudio crítico biográfico del eminente novelista, por *Clarín*. Edición ilustrada con un magnífico retrato y un autógrafo del biografiado. Este folleto es el primero de una serie que se titulará: *Celebridades españolas contemporáneas*. Una peseta.

La vida en Madrid en 1888 (año IV), por D. Enrique Sepúlveda. Un tomo de 600 páginas, edición de lujo, ilustrada con más de doscientos dibujos á pluma, de Comba, infinidad de fotograbados directos, acuarelas, cuatro portadas y una carta autógrafa. Este libro tendrá el mismo éxito que los tres anteriores. En el próximo número copiaremos, como de costumbre, un capítulo. Precio del tomo: 5 pesetas en Madrid y 6 en provincias.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. M. L.—Linares.—Ya sé que recibe usted pocos números, y esos hechos trizas..... ¡Cristo padre, qué servicio de Correos! Puede decir los números que le faltan, y se remitirán de nuevo.

Sr. D. A. O.—Santander.—¡Se ha hecho tan vulgar lo de los ratas!

Sr. D. J. S.—Benejama.—Las composiciones son flojitas. Respecto á las colecciones, están encuadradas todas menos la del 83, que por tener algunos números agotados no quedará corriente hasta Abril lo menos.

Sr. D. F. G.—Jumilla.—Mal no está, ¿eh? pero no se aviene con la índole del periódico.

Dos estudiantes de Farmacia.—Bueno, se lo diré.

E. U. Genio.—Ya me la ha enviado usted antes, ¿verdad? Porque yo creo que la conozco. Y como fuerte..... no tiene nada que envidiar á los pimientos de la Rioja.

Nolla.—Muy malo. Rematadamente malo. Más claro..... agua.

Sr. D. E. P.—Madrid.

Todas son muy flojitas. No me choca; en los comienzos el más justo peca. ¡Ah! No se dice: «tu conducta troca;» debe decirse: «tu conducta trueca.»

¡X 100.—¡Caramba! Voy á complacer á ustedes en breve plazo.

Bravo y tímido.—La mayor parte son inocentes, pero el último..... ¡el último arde en un candill!

Sr. D. F. T.—Sevilla.—¡Si viera usted cuántas incorrecciones tiene la formal!

Un cualquiera.—Es demasiado fuerte la pintura, pero usted versifica con soltura.

Camilo.—Ese asunto es demasiado vulgar. Haga usted composiciones más cortas, y le complaceré enseguida.

Mahoma.—Se ve que usted puede hacer algo bueno, pero los sonetos son cosa dura de pelar.

Cero.—Algo sirve. ¿Quiere usted enviar la firma?

J. Cachorro.—¡Ay, hija! ¡Y qué guasa tiene el demonio del hombre!

Turcalle.—Además de que el asunto no es propósito para estas columnas, hay en los tercetos unas asonancias que debe usted corregir.

Drope.—Los cantares, para que resulten, necesitan un *no sé qué* populachero que no puedo explicar.

¿Bes? Tía.—*Chupiteles*.—*Zo T*.—¡Bonitos seudónimos! ¡Y malitas coplas!

Don Simplicio.—¡Las veces que se habrán publicado en este mundo cosas parecidas!

Robinson.—¡Hombre, por Dios! No hagan ustedes odas á Peral, que le van á avinagrar el invento.

Petra.—¡No sehas pigariyol!

Sr. D. C. M.—Oviedo.—La composición á que usted alude se ha publicado ya en *La Semana Cómica*, me parece.

Un admirador.—Pero nosotros no debemos meternos en eso. ¡Digo yol!

X. Levante.—Poquita cosa y con poca soltura.

La Gran Vía.—Esas parodias de Campoamor, ó son muy salientes, ó no resultan.

Scipión.—¡Vive Dios! Eso es verde, ¡muy verde!

Sr. D. L. C.—Madrid.—La del hijo..... creo que el 84. La otra no ha salido.

Sr. D. A. F.—León.—Tienes razón. Falta ahí soltura..... ¿Cómo te había de avisar, si no sabía dónde andabas? S. volvió de Niza.

Campointerés.—Sobre que el duelo ha de acabar en almuerzo, no me mandes padrinos, mándame el almuerzo. Es más breve.

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

LAS PUPILERAS



—Pues no, señora; yo no me voy de la casa mientras no me eche su marido de usted, que es el amo.

—¿El amo? ¡Está usted apañao! ¡Mi marido es un cerdo á la izquierda.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.-

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON
CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: **CALLE MAYOR, 18 Y 20**

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.